

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

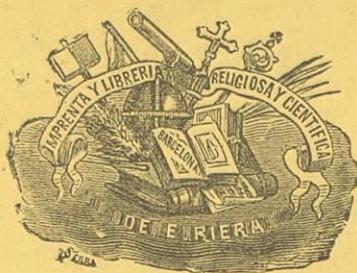
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 49.

Á las sátiras populares, Juliano contestó con un escrito que puede pasar por modelo clásico de cinismo. *Misopogon*, esto es, *el hombre que odia la barba*, es el título que dió á la obra maestra de la mordacidad. Todos los defectos personales tienen una apología intencionada en aquellas páginas, que retratan la desvergüenza de su ilustre autor. Citemos algunas líneas por ejemplo.

«No existe ninguna ley que prohíba al hombre hablar bien ó mal de sí mismo. Hablar bien de mí no podría hacerlo, aunque lo deseara; de malo tengo mucho. Empiezo por mi cara. La naturaleza no imprimió en mi rostro ni gracia, ni hermosura; sin embargo, yo, por frenética venganza, he completado su aspecto horroroso dejándome crecer la espesa barba que véis. A su placer se pasean por ella los insectos como las fieras por las selvas. Esta barba me impide de comer con avidez y de beber de un tiron; pues de otra manera correría riesgo de sazonar el pan con mis pelos... No me contento con ser barbudo; me presento siempre mal peinado. Mi cabello está descuidado, mis uñas extrañamente cortadas, mis dedos manchados con tinta. Mi pecho es veloso como el del rey de los animales...»



MONJES DE LA TEBAIDA DEDICÁNDOSE AL TRABAJO.

Por este estilo seguía exhibiendo las deformidades de su cuerpo y de su alma. Esta exhibición de la monstruosidad de sus hábitos define perfectamente el carácter del enemigo de los cristianos. La culta Antioquía sintió verdadero hastío al leer tantas desvergüenzas escritas por mano del que tenía el deber de mostrarse discreto y comedido.

La divina Providencia privó del buen sentido y del don del tacto social al declamador adversario del Cristianismo.

Este enemigo no era temible sino en el rápido momento histórico que atravesaba. Las sectas, por más que falsas, no se propagan por las habilidades de los bufones. Los evangelistas crecían en importancia á medida que su radical enemigo se hundía en sus bufonadas altivas. El representante de la superstición gentil no tenía dote alguno de los que atraen á los pueblos y los cautivan. La maldición del Cristianismo á los ídolos daba sus frutos. Mayor calamidad no podía caer sobre el paganismo que la de tener por defensor á aquel risible cínico.

XXIII.

Proyecto de Juliano en odio al Cristianismo.

En su deseo constante de destruir al Cristianismo, buscaba aliados poderosos que le ayudaran á obtener la ejecución de sus proyectos. Viendo que los paganos le servían de embarazo con el espectáculo de inmoralidad que exhibían; acudió al recurso de ladearse hacia el judaísmo. Con satánica malicia comparó á Moisés con JESUCRISTO; y atribuyó al primero una

superioridad á todas luces falsa. «Moisés, escribía el mismo Juliano, á lo ménos no insultaba á los dioses extranjeros... Moisés admitió ceremonias sangrientas.» Por una singular aberracion, que se explica no obstante por su apasionamiento, vió más severidad en el Evangelio que en el Pentateuco; los cristianos eran á sus ojos ménos tratables que los judíos. Los judíos, para quienes era una gran novedad verse honrados con las simpatías de un emperador y de un filósofo, secundaron las buenas disposiciones de Juliano.

Había próxima á Jerusalem la sinagoga llamada de Tiberiades, á la cual dió cierta fama el rabino Judas, autor de la compilacion de los textos de las leyes, conocida por *Mischna* ó ley nueva. Al frente de aquella escuela sentábase el *Nazi*, ó sea patriarca, ó inspector de todas las sinagogas erigidas en territorio romano. Con este gran dignatario del disperso judaismo entabló Juliano relaciones amistosas. En sus cartas hablábale bien de Jehová, á quien concedía los honores de Dios secundario. El palacio de Antioquía se vió frecuentado de judíos, atentos á sacar algun provecho para su raza y para su religion de las disposiciones contrarias á los cristianos que en aquella augusta casa reinaban. Por otra parte Juliano se complacía en investigar de viva voz y por sí mismo la historia y las costumbres de aquella raza tan célebre en los anales antiguos.

Un día Juliano, despues de otras preguntas y cuestiones, dijo al *Nazi*: «¿Por qué no cumplís ya vuestra ley? ella os prescribe sacrificios sangrientos como los nuestros, y vosotros no los practicáis:» á lo cual contestó el representante de los judíos: «¡Dónde ofreceríamos aquellos sacrificios á Jehová, oh Emperador! Nuestra ley, que nos manda sacrificios, nos prohíbe sacrificar fuera de Jerusalem y del lugar consagrado por David. ¿Queréis restablecer nuestros sacrificios? Restaurad nuestro templo, levantad de nuevo nuestro altar, abrid el santo de los santos, y seréis testigo de nuestro celo y de nuestra piedad.»

¡Excelente idea para quien tenía el mayor afan en contradecir á JESUCRISTO. Sabía Juliano la existencia de la profecía segun la cual no quedaría del templo piedra sobre piedra! Cuanto más meditaba el pensamiento del rabino, más descubría los desastrosos efectos que su realizacion causaría al Cristianismo. ¡Un mentis solemne, claro, evidente á las predicaciones de los evangelistas, á las afirmaciones de la Iglesia! Nada era concebible más halagador á su corazon rencoroso.

La reedificacion fué resuelta. Los planos detallados de las inmensas obras necesarias se trazaron rápida é inteligentemente. Un crédito ilimitado sobre el tesoro imperial fué concedido á la comision directiva de la reedificacion. El conde Alypo de Antioquía fué nombrado representante de Juliano acerca de los judíos para esta mision especial.

Los judíos, estupefactos ante aquel inesperado suceso, vacilaban en admitir la sinceridad de los imperiales ofrecimientos. ¡Tanto les admiraba que un pagano se lanzara á aquella antipoliteista empresa! Por otra parte, acostumbrados á ver el cumplimiento de las antiguas profecías, se habían convencido que el templo no podría reedificarse, y ni en sueños pedían su reedificacion. El carácter ridículo de Juliano les halagaba ménos que sus inmensos recursos. Juliano desvaneció las vacilaciones de sus nuevos protegidos manifestando en sus conversaciones con ellos que conocía minuciosamente la historia de la raza y la teología de la Biblia. Explicábalos á Moisés, á Ezequiel, á Jeremías, á Isaías con erudicion sorprendente, con lo que cada día fué más profunda y cordial la intimidad.

La noticia del proyecto de reedificacion recorrió de sinagoga en sinagoga. Los judíos, como despertando de un letargo, creíanse transportados á los días de sus mejores esperanzas. El templo había sido siempre el corazon de aquella raza, á lo cual Dios dió un destino puramente religioso. Tener de nuevo templo equivalía á tener vida, á tener pueblo, á tener existencia. Tratábase nada ménos que de efectuar una resurreccion que contrabalancearía la resurreccion de JESUCRISTO, porque ésta confirmó la verdad de las palabras del Mesías y aquella la hubiera contradecido. En cierta manera, la resurreccion de JESUS hubiera venido negada por la resurreccion del pueblo que le mató y le sepultó.

No desconocieron los judíos la importancia del proyecto, y de ahí sus sacrificios pecuniarios, sus ofrendas fabulosas para secundar la obra del que venía á deshacer la obra de Tito y de Vespasiano. Las mujeres daban sus joyas, los hombres todos sus tesoros. Las familias más distinguidas mandaban confeccionar los ornamentos del santuario, los utensilios del altar, las vestiduras sacerdotales. Movimiento, actividad, gozo era lo que se notaba en el rostro de los judíos en aquellos días que Dios les concedió de esperanza para sumirlos otra vez en el desengaño, y quizá para que se convencieran de que contra la verdad del Señor es imposible prevalezcan las puertas del infierno.

Jerusalen fué naturalmente el centro de grandes artistas y de muchedumbres de artesanos que iban á ejecutar la obra de Jehová. Los proscritos de ayer llegaban rebosando venganza. Con mirada proterva anunciaban á los cristianos consternados un ajuste de cuentas. «Seréis tratados como nosotros lo fuimos por los romanos, decían. Vosotros tuvisteis á Tito, nosotros tenemos á Juliano, las profecías van á cumplirse de otra manera, pues de vuestros templos no va á quedar piedra sobre piedra.»

El pueblo cristiano se sentía verdaderamente impresionado. No que vacilara su fe; no que desconfiara de la verdad de las primitivas predicaciones; pero temía días de exaltación y de furias judaicas; pues sin duda, la sombra del reedificado monumento hubiera desbordado los comprimidos sentimientos de ira.

Cirilo, que era entónces obispo de Jerusalen, con impasibilidad edificante, calmaba la ansiedad de su grey diciendo con frío acento: «Tranquilizáos; no podrán levantar una piedra sobre otra.»

Llegado el día conveniente, inmensas brigadas de trabajadores empezaron la demolición de las ruinas del antiguo templo; lienzos espesísimos y prolongados de murallas; restos de torreones, zócalos de soberbias columnas; en una palabra, todos los grandes destrozos que constituyen las grandes ruinas fueron removidos. Las ruinas derribadas y trasladadas limpiaron el suelo; los fundamentos escarbados y vaciados fueron rellenados de nueva tierra; con lo que hicieron más patente el cumplimiento de la profecía que iban á desmentir.

Cumplida la obra de Dios con venturoso éxito, empezóse la obra de Juliano. Sin embargo las profecías debían cumplirse.

Cuando trataron de abrir las zanjas para los nuevos cimientos una tempestad subterránea rechazó los trabajos. Globulillos de fuego brotaron de la piedra, imposibilitando la tarea. Algunos trabajadores fueron víctimas de su tenacidad en oponerse á los designios providenciales. Tres veces consecutivas renovó Israel los esfuerzos; otras tantas se hizo evidente la nulidad del poder humano contra el plan divino.

Aquel extraordinario suceso viene confirmado por todos los historiadores de su tiempo. El pagano Ammien Marcelino lo consigna como los autores cristianos. Voltaire, que acostumbraba reirse de todo, se rió tambien de aquel suceso. No obstante, no pudo reirse del hecho de no haberse podido reedificar el templo, y este es el hecho principal. Diez y nueve siglos han confirmado sin interrupción la palabra de Dios, anunciando los castigos del ingrato judaismo. En estos siglos los judíos han dispuesto de cuantiosos capitales, de poderosísimas influencias, han privado en algunas cortes; ¿por qué no han reedificado el templo, que para ellos equivalía á levantar la losa del sepulcro de su pueblo? Hé ahí un milagro histórico que está á la vista de todos.

Aquel contratiempo mortificó mucho á Juliano, que veía desvanecido su plan de descrédito intentado contra la verdad del Cristianismo.

Los adoradores de JESUCRISTO alegráronse con esta manifiesta y elocuente prueba de la protección celestial sobre la cristiandad.

XXIV.

Juliano emprende la guerra contra Persia.—Proyecto de persecucion general.—
Muerte del perseguidor.

Juliano necesitaba reconquistar con una victoria el prestigio que había perdido y que cada día más aceleradamente perdía. El triunfo era para los romanos una especie de jubileo, que perdonaba los pecados de los grandes hombres y levantaba á los políticos caídos. El objetivo de las armas imperiales no podía ser otro que Persia. La gravedad de la empresa conocía el heredero de los césares. Derrotar al pueblo de Ciro equivalía á obtener en el Oriente y Occidente una supremacía incontestable.

Continuas y numerosas rogativas á los dioses fueron ordenadas; inmolaciones de rebaños enteros se consagraron en invocacion de los dioses. No hubo oráculo que permaneciera mudo á las preguntas del suplicante Augusto.

Era evidente al mundo que Juliano aspiraba á la plenitud del prestigio militar y político, para realizar más desembarazadamente la realizacion de la idea que le tenía absorto. Juliano sólo aspiraba á una cosa; su anhelo era borrar las huellas de los triunfos de JESUCRISTO. Quizá sea aquel desgraciado Emperador el potentado de la tierra que más odio personal haya profesado á la persona divina de JESUS. Anonadar á JESUS era la síntesis de su pensar y de su obrar.

La victoria sobre los persas hubiera sido inmediatamente seguida de un decreto, cuyos principales puntos eran conocidos en la corte. Como á testimonio de gratitud á los dioses, se hubiera proscrito para siempre de todo el imperio el culto del Cristianismo. A los cristianos se les hubiera vedado el comercio, el derecho de litigar ante los tribunales, el de proveerse en los mercados públicos de los efectos indispensables á los usos necesarios á la vida. Todas las iglesias hubieran sido cerradas. Los ídolos sustituyeran á las imágenes de JESUS. Un grande anfiteatro hubiera sido construído en Jerusalem con las piedras destinadas á la reconstruccion del templo; y en él, como accion de gracias á los dioses, hubiéranse congregado todos los obispos, monjes y principales defensores de la fe cristiana que pudieran ser habidos para ser entregados como juguete de las fieras. «Estábamos condenados, escribió más tarde san Gregorio, á ser víctimas dedicadas á los demonios, y la heredad de Dios, *el sacerdocio real*, estaba reservado á ser el precio de una victoria.»

De ahí que miéntras los julianistas llenaban los templos paganos é inundaban los altares de los ídolos con sangre de víctimas, y atronaban sus santuarios con aclamaciones delirantes; los cristianos, comprendiendo toda la extension del peligro, invocaban el celestial auxilio con piadosas plegarias. Las tumbas sagradas de los mártires eran fervientemente visitadas. Temían y esperaban.

Juliano partió al frente de sus legiones, componiendo un total de ochenta mil hombres; número que no correspondía á la magnitud de la empresa. Aquel ejército, lanzado á una empresa que casi rayaba en aventura, se componía de heterogéneos elementos. Cristianos y paganos, sofistas, filósofos, creyentes ofrecían una masa de guerreros unidos á la sombra de la bandera de la patria; aunque discordantes y opuestos en las creencias.

El despido de Juliano á Antioquía reveló las pocas simpatías que su nombre dejaba en aquella ciudad. «Regresad pronto vencedor y glorioso;» le dijeron las masas temerosas de los efectos del encono imperial. «Regresar aquí, ¡jamás! contestó el caudillo. Si los dioses me conservan, Tarsis será el lugar de mi residencia.»

La causa de esta antipatía no era otra que la repugnancia de los antioquenos á las frías doctrinas gentilicas. Libanius, el cortesano favorito de Juliano, decía á aquellos ciudadanos:

«No conseguiréis desenojar al Emperador con gritos, súplicas ni embajadores, si no consagrais vuestra ciudad á Júpiter y á los otros dioses que hicieron conocer Hesiodo y Homero... Pero vuestra actitud no hace esperar de vosotros el conocimiento de vuestros intereses. Los templos están abiertos, vosotros no entráis en ellos... olvidáis las enseñanzas de los poetas, y os sometéis á las tradiciones de vuestras madres.»

Libanius aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para reconciliar Antioquía con el paganismo y para desautorizar la santa Religion de JESUCRISTO. Un día preguntó á un sacerdote que se dedicaba á enseñar algunos niños: «¿En qué se ocupa ahora el hijo del carpintero?» á lo que el sacerdote contestó: «En fabricar un ataúd.» La respuesta contenía demasiada intencion para no dar mucho que meditar al abogado de los dioses y de su restaurador.

Léjos estaba del ánimo de Juliano la seguridad del éxito. Y como todo hombre que carece de fe, buscaba en los recursos de sus extravagantes supersticiones indicios de su porvenir. Cualquier incidente imprevisto le alarmaba. Como su caballo se hubiese deslizado y caído un día, dejando caer su plumero al lodo, hubo gran sobresalto en la imperial comitiva. «¡Cuán funesto presagio!» murmuró el caudillo; pero el palafrenero se apresuró á calmar su inquietud, diciendo: «Augusto, este caballo se llama Babilonio.» «¡Ah! muchas gracias, replicó Juliano, muchas gracias; en este caso Babilonia caerá con sus ornamentos.» Pasaba las noches destrozando las aves significativas para leer en sus entrañas el augurio de las cosas que le aguardaban.

El ejército recorrió las riberas del Eufrates, apoyado por una escuadra, que en número de naves y provisiones igualaba y aún superaba las imponentes de Xerxes. Despues de muchos días de marchas penosas llegaron los expedicionarios á las fronteras del enemigo. Un extenso desierto fué el horizonte que vieron sus soldados desarrollarse á sus miradas. Por desgracia era la estacion de los vientos, y sus ráfagas amedrentaron más de una vez aquellas masas de valientes. Vencidas las dificultades que ofrecía el paso del desierto, llegaron las águilas imperiales á los campos donde el Tigris y el Eufrates corren en amistosa vecindad. Las ruinas de Babilonia, los edificios de Seleucia, las grandezas esplendorosas de Etecephon aparecieron ante Juliano como un incitativo de gloria. Aquellas ciudades, aquellos campos, aquellos ríos eran testigos del paso de ejércitos rivales y de la elevacion y abatimiento de opuestos héroes. Todas las antiguas civilizaciones y las antiguas barbaries habían representado en aquel teatro imponente por sus decoraciones naturales, por sus magnificencias artísticas, por las tragedias en él jugadas, y por las que iban á ejecutarse. Los asirios y los medas habían pasado por allí. Aquel era un lugar tremendo por los tronos que un día le sombrearon; por las tumbas que allí se levantaban. Tumbas de reyes, tumbas de pueblos, tumbas de civilizaciones.

El enemigo esperaba á aquel ejército en las cercanías de Macepracta. En las orillas del canal llamado Nahar-Malcha tuvo lugar el primer hecho de armas, cuyo resultado fué la retirada en órden de los persas. La perspicacia de los ingenieros de Sapor ideó inundar de agua los caminos practicables. Los romanos, sin descorazonarse, ó marcharon medio hundidos en el fango, ó construyeron un camino artificial sobre el lodo. La ciudad y ciudadela de Pyrisabora, á pesar de estar formidablemente defendidas, cayeron en poder de los invasores.

Muoz-Marcha, ciudad más fortificada que Pyrisabora, cedió tambien por la astucia de los imperialistas.

Seleucia cayó luégo como sus ciudades hermanas. Pero faltaba vencer á Etecephon, ciudad de capital importancia. El ejército terrestre era insuficiente para dominar el conjunto de sus fortalezas; por otra parte, las naves, que recorrían el Eufrates, necesitaban pasar al Tigris para maniobrar sobre aquel objetivo. Juliano ideó habilitar el canal de Trajano, entónces seco y casi relleno. Los trabajadores del ejército lo utilizaron. Un dique interpuesto á la corriente del Eufrates precipitó sus corrientes al canal y al Tigris. Los cinco primeros navíos, que pasaron cargados de legionarios, encallaron á la vista del enemigo que las incendiaron. Los siniestros resplandores de sus llamas llenaron de espanto al ejército; mas Juliano, con la

sangre fría que enaltece á los grandes guerreros, cambió el espanto en entusiasmo: «Es la señal convenida, dijo, de que han llegado á su destino.» Toda la flota se puso en movimiento á estas palabras. El éxito coronó la empresa. Salvando dificultades incalculables, las legiones aportaron á la opuesta orilla. Pero Etecephon estaba íntegra y defendida.

Juliano dispuso un gran sacrificio á Marte en el campo. Diez toros blancos fueron inmolados; empero ¡oh dolor! de los diez toros, los nueve primeros llegaron al altar cabizbajos ¡mal augurio! el décimo rompió con un estremecimiento sus ataduras ¡peor augurio! y sus entrañas ofrecieron terrible aspecto ¡pésimo augurio! El Emperador se irritó contra los dioses, y juró á Júpiter que no sacrificaría ya más á Marte.

El sitio de Etecephon necesitaba mucho tiempo; el asalto muchos soldados. Juliano, para ahorrar días y ejército, renunció á posesionarse de aquella ciudad y dirigirse al encuentro de Sapor, su rival. Dos persas del cuerpo enemigo se le presentaron. Uno de ellos era portador de proposiciones de paz. Fueron estas duras cuando Juliano las rechazó en aquellos momentos en que podía ya preveer el caudillo las enormes dificultades que iban á presentársele.

Los aduladores cortesanos sacrificaron á la vanidad de la lisonja los intereses del imperio. En su prurito de sostener á Juliano á la altura de Alejandro y de los grandes capitanes históricos, inclináronle á fiarlo todo al valor de su espada y á la fortuna de su genio.

Y lo notable es que para confirmar á su ídolo viviente en el juicio de su grandeza incomparable, valiéronse de consideraciones idénticas á las que hoy usa la escuela espiritista. El sofista Máximo, uno de los constantes deificadores del Emperador, fué quien en el consejo de magnates convocado para deliberar sobre la actitud conveniente ante las proposiciones persas, sostuvo con más energía la política de la guerra. «Jamás Alejandro admitió semejantes propuestas,» dijo aquel filósofo. Y luégo manifestó que no creía desatinadas las doctrinas de Pitágoras sobre la metempsícosis; que había en la historia situaciones de caracteres y semejanzas de personajes verdaderamente sorprendentes y admirables; que el alma de Juliano era tan semejante á la de Alejandro, que sin duda para encontrar aquél el camino de la victoria, no necesitaba sino consultar *«las vagas reminiscencias de una vida anterior.»*

Lo que en todo esto aparecía era la mano de Dios, que castigaba al apóstata con los mismos instrumentos de que éste se valía para perseguir á la Iglesia. Empleaba Juliano la filosofía para matar la fe; Dios se valió de los filósofos para obcecar á Juliano.

El otro persa no se presentó con el carácter de diputado de Sapor, sino de su víctima. Fingióse muy resentido de su rey, por haber recibido de la corte graves desdenes en cambio de los servicios prestados. Confesóse dispuesto á la venganza, prometiendo á los romanos, dado que acordaran protegerle, guiar sus legiones por desconocidos senderos á una victoria indefectible. Los cortesanos de Juliano y los jefes de las legiones dudaban de la sinceridad del persa; Juliano creyó en ella, y se entregó sin reserva á la dirección del inesperado protector. Creyó que era aquel personaje un presente que le enviaban los dioses, y así, presentábasele como sospechoso de sacrilegio dudar de las virtudes del que á sus ojos era un enviado del Olimpo.

El camino por el persa señalado era en dirección al interior. Para seguirle, el ejército debía alejarse del Tigris, y por lo mismo renunciar á la protección de la escuadra. Pero ¿cómo abandonar la escuadra? Sin la protección del ejército pronto iba á ser presa de los bárbaros. No era posible dejar una división para defenderla. Tampoco era prudente dar la orden de su regreso, porque en el tránsito hubiera sido atacada y conquistada. El persa, viendo las vacilaciones de Juliano, emitió una idea que había cruzado la mente de éste, pero que no se atrevía á expresar. Considerando que la flota no servía ya de auxilio, sino de embarazo al ejército, imponiéndole una base fija de operaciones; que su cuidado absorbía veinte mil hombres utilizables para otras maniobras; que no sin grande violencia podían las naves vencer la corriente impetuosa del río; en fin, que toda utilidad naval había cesado ya, «¿á qué conservar, dijo, lo que en tan alto grado perjudica? Dentro de cuatro días, añadid, estaremos frente

á frente de Sapor; la victoria de las águilas romanas es infalible, una batalla bastará para obtener todos los tesoros de la Persia. La pérdida de las naves será pagada á buen precio.»

Estos razonamientos emitidos ante un numeroso consejo de guerra fueron acogidos silenciosamente, aunque sublevaron secretamente todos los ánimos. Pero el emisario, considerado como un don de las divinidades, estaba revestido de cierta inviolabilidad sagrada.

A la mañana siguiente mil y cien naves fueron reducidas á ceniza, con escándalo de todo el ejército. Los soldados lloraron y murmuraron. Todos, soldados y jefes, reconocieron el inmenso peligro que engendraba el aislamiento en que quedaba el ejército. Súpose que aquel acto incomprensible era efecto del consejo de un persa desertor. Los legionarios lo buscaron para hacerle objeto de una demostración de desagrado y de desconfianza. ¡En vano! Al resplandor de la primera llamarada había desaparecido. Algunos de sus criados, sujetos á la tortura, declararon que el fugitivo era un emisario de Sapor, cuya tarea era obtener el incendio de la flota. Juliano, lleno de rubor, dió orden de apagar el incendio. Mas era ya tarde.

Fué, pues, preciso marchar adelante con extraordinarias precauciones. Pero los persas adoptaron la táctica que á principios del siglo tan funestos resultados dió, empleada por los rusos al ejército de Napoleon I. Abandonaron las ciudades y los pueblos, incendiaron las yerbas y los alimentos que no podían retirar, y rompiendo los diques de los ríos, inundaron el terreno recorrible. Extenso era aquel horizonte sombreado por todas las privaciones imaginables, por todas las dificultades, por todas las contradicciones, por todos los temores, y cerrado por el movimiento de innumerables escuadrones persas, cuyas filas en lontananza se dibujaban.

«¿A dónde vamos?» Esta era la pregunta que unos á otros se dirigian los altos y los bajos oficiales. Los cuerpos empezaron á vacilar en la obediencia. Los temores agrupados como nubes siniestras en el corazón del Augusto, anublaban su rostro, acostumbrado á la franqueza. Patentizóse la decepción del caudillo, y perdióse su crédito en los acaudillados. Las legiones hicieron un alto *motu proprio*. Juliano las arengó evocando las heroicidades de sus antepasados. Pero la locura y el heroísmo ofrecen diferencias á simple vista perceptibles. Su elocuencia ardorosa se apagó en el hielo de los oyentes. Imposibilitado de ensayar un movimiento de avance, ordenó la retirada.

Todo presagiaba un próximo desastre. Los persas envalentonados lanzaron los escuadrones de su veloz caballería sobre la retaguardia y los flancos de los fugitivos. Durante cinco días continuas escaramuzas mortificaron las alicaidas águilas, cuyas plumas orgullosas iban esparciéndose por aquellos funestos campos.

Fatigado por tantos combates sin gloria; oprimido su corazón á la vista de tantos miles de guerreros muertos en defensa de una huída, Juliano tuvo durante su sueño nocturno del 22 de junio una visión. El genio del imperio se le apareció en la misma forma que en la visión de Lutecia, pero velada la faz y el cuerno de la abundancia. Él se levantó bruscamente para seguirle, mas no lo consiguió. Celebró un sacrificio á los dioses; mas en el acto de la inmólocion, un resplandor celestial cruzó el aire y se apagó.

Tal fué la visión del sueño. Al despertar Juliano, convocó los augures y los adivinos. «¿Qué hacer cuando los dioses así hablaban?» «Abstenerse de combatir.» Esta fué la natural interpretación de los videntes. Pero para no combatir debíase contar con la aquiescencia de los persas, cuyos dioses estaban por el combate.

Aquel día los persas se presentaron decididos al frente, á retaguardia y al centro de los romanos. En honor de la verdad, digamos que todos los historiadores reconocen el valor, la entereza, la marcialidad de Juliano en aquella penosa y sangrienta jornada. Donde veía el mayor peligro, allí estaba siempre él. En uno de aquellos episodios comunes en las grandes batallas, Juliano se presentó al frente de un grupo de sus soldados, cargado por una inmensa masa de caballería enemiga. Al frente de una legion de infantería ligera, el caudillo atacó á sus enemigos, obligándoles á emprender la retirada. Fortificados en la cumbre de un cerro,

de allí quiso desalojarlos: «Sigámosles,» exclamó; pero ni un soldado se movió al impulso de esta palabra. Entonces iba á precipitarse solo; cuando, detenido por los suyos, recibió una flecha que le interesó el hígado. Juliano miró indignado al cielo, y pronunció aquella blasfemia: «Venciste, Galileo,» que ha caracterizado su derrota. Dicen algunos historiadores que á este grito de despecho contra el Dios verdadero, añadió otro á su Dios predilecto: «Sol, me has engañado.» La noche impuso tregua á los combatientes; porque era tal la mezcolanza de los dos ejércitos, que la luz era necesaria para distinguirse enemigos de enemigos.

Aquella fué la noche final del grande apóstata. Un momento hubo en que, sostenido por el ardor de la fiebre que le devoraba, quiso vestirse y montar á caballo para reanimar con su presencia las descorazonadas legiones. Pero apenas incorporado, sintióse desfallecer. «¿Cómo se llama el lugar en que caí?» preguntó. «Frigia,» le contestaron. «¡Ay! exclamó, pues todo se acabó. Mucho tiempo ha transcurrido desde que se me anunció que en Frigia yo moriría.» Entonces convocó á los filósofos del campamento, y entabló con ellos una conversación sobre la futilidad de la vida y las virtudes que había practicado, decía él, en el gobierno del imperio. Algunas de las máximas emitidas en su último discurso llevan impreso el sello de una moral elevada. Sintiéndose morir, llamó á sus íntimos familiares; algunos no comparecieron porque habían caído como él sobre el campo de batalla. A los gemidos y llanto de los que le rodeaban, contestó diciendo: «Silencio, basta de sollozos; pensad que vuestro Príncipe va á gozar del cielo y de los astros.» Murió al aplicar á sus labios una copa de hielo.

XXV.

Consecuencias inmediatas de la muerte de Juliano.

A la mañana siguiente el ejército supo la muerte de su caudillo. Los ejemplos de valor que dió en aquellas últimas jornadas habían embellecido su figura ante sus mismos enemigos. Sus grandes faltas obtuvieron una especie de expiación con su heroico sacrificio. Si hubiera querido conservar su vida al precio de su honor, sin duda la hubiera salvado. La generosidad de perderla le valió la reconciliación de su memoria en el corazón de los bravos.

Sin embargo, en el terreno de los hechos, la muerte de Juliano produjo un trueque notable de sentimientos. Los paganos presintieron su definitiva orfandad. Difícil era que el restaurador de la idolatría encontrara un sucesor, por más que no habían de faltar sucesores al príncipe del imperio. Los paganos, que hasta la víspera se manifestaban soberanos, comprendieron que la rueda de la fortuna había girado medio círculo sobre su eje; los cristianos esperanzados empezaron á dirigir al cielo en voz perceptible himnos de gratitud. Faraon se había ahogado en las olas de un nuevo Mar Rojo. Moises aportaba en firme orilla. El cielo había interpuesto su veto ineludible al decreto de persecución. El «venciste, Galileo,» escapado de labios de la víctima definía el carácter de la victoria. La victoria era de los cristianos, puesto que JESUCRISTO vencía. Admirable y espontánea confesión de que á JESUCRISTO combatía Juliano en espíritu, por más que su espada se esgrimiera contra los persas. Quería conquistar el reino de Persia, para desde la altura de su triunfo poder aplastar mejor el reino de la Iglesia.

Dos grandes orgullos quedaron, pues, confundidos y anonadados en aquellas orientales regiones.

En ellas están las ruinas de Babel, donde fué confundida la altanería de los post-diluvianos. También querían ellos una altura para poder dominar la soberanía de Dios, afirmada por el diluvio. En ellas está el sangriento lugar de la caída de Juliano, que quería subir al trono de Persia, para desde allí decretar la servidumbre de JESUS, el soberano de los imperios. ¡Lástima que no se erigiera allí mismo el sepulcro del ilustre derrotado! Jehová confundió á

los babilonios, que hubieron de reconocerse vencidos. JESUS Verbo del Padre, Jehová eterno confundió á Juliano, que hubo de reconocer la victoria de su odiado Señor. «¡Venciste, Galileo!» Hé ahí una frase significativa como las frases maestras de un gran filósofo.

Pronunciándola, acreditó el moribundo la franqueza de su carácter. Bien que blasfemando, se declaró «vencido.» ¿Y por quién? Emperador como era, caudillo de miles de soldados, creyéndose pontífice de los dioses, declaróse vencido por un Galileo. Pero el Galileo que venía á tan alto poder despues de cuatrocientos años de su desaparicion en la tierra, había de tener una gran virtud, un altísimo poder, una soberana fuerza. Al saber que ésta frase había sido pronunciada por Juliano herido, decían entre sí los cristianos: «Vencimos.»

Juliano estaba dotado de talento, de afición á las letras y á las artes, de cierta honradez y moralidad estrictas, si sólo se consideran desde el punto de vista de su pagano raciocinio. No fué un malvado sino en cuanto fué fanático.

La idea religiosa le preocupaba. «Servil imitador de lo pasado, dice Broglie, no atreviéndose á condenar nada de las antiguas instituciones fundadas por semidioses y aprobadas por filósofos, hizo sistemáticamente el sordo á las nuevas aspiraciones del mundo. Mucho habló de la igualdad de los hombres, del socorro debido á los pobres, de la proteccion á los débiles; mas ¡oh virtud de las doctrinas y debilidad de los hombres! El émulo de Marco Aurelio no llegó á hacer en favor de la humanidad doliente lo que practicó el engañado padre del infeliz Crispus. Ningun oprimido le debió la libertad; no rompió las cadenas de ningun esclavo. En fin, hasta los dioses que encadenaron su pensamiento, engañaron á sus armas. Y para depositar una corona sobre sus altares se hundió en las llanuras donde encontró su muerte, y donde Roma vió ofuscada su gloria.»

Juliano murió en el abandono, propio de un filósofo cínico. A nada había proveído durante su campaña. Sin duda se creía inmortal. Ni testamento, ni instrucciones, ni designacion de sucesor se encontró entre sus papeles. En frente del enemigo los jefes de las legiones deliberaron sobre la persona que era conveniente entronizar. Joviano, designado por un grupo de jóvenes militares, fué proclamado Augusto. Cuando le notificaron la inesperada decision, contestó: «No puedo reinar sobre vosotros. Yo soy cristiano, y vosotros estáis imbuídos de la detestable doctrina de Juliano. Todos vosotros habéis ofendido á Dios, seréis vencidos y convertidos en juguetes de los persas.» Los cortesanos oyeron la expresion de sus dificultades con sorpresa. Estaban habituados á cambiar de fe á medida que se sucedían las influencias doctrinales en el alcázar soberano. Hiciéronle notar que el Cristianismo alcanzaba raíces profundas en el corazon de muchedumbre de soldados, y que Juliano no había tenido tiempo de arrancar los sentimientos de veneracion que una parte considerable de sus súbditos profesaba al Cristianismo.

No detallaremos los episodios de aquella triste retirada, en la que hubiera perecido quizá todo el ejército si Joviano no hubiera aceptado las proposiciones de paz ofrecidas por Sapor. La locura de Juliano costó á Roma la retrocesion de cinco provincias fronterizas. «El rey clementísimo, por miras humanitarias, dijeron los emisarios de Sapor, consiente en abrir camino de salvacion á los restos del ejército romano.» Palabras agudas que debieron punzar el amor propio de Roma. «Pero César, añadieron, debe conformarse á las moderadas pretensiones del vencedor, que se reducen á reintegrarse su antiguo territorio.» Aunque en términos dolorosos, la paz fué acordada. Los que posteriormente formularon cargos contra la Iglesia por haber sido un emperador cristiano el que firmó la cesion de una parte de territorio romano, olvidan, porque no pueden desconocerlo, que la responsabilidad de aquel acto era toda del imprudente invasor de un reino fuerte como el de Persia, sin contar con los elementos de una probable victoria. Joviano salvó lo que Juliano no hubiera alcanzado salvar. En lo referente al honor de Roma deben callarse los defensores del que incendió una imponente escuadra dando oídos á los consejos del persa que fingió ser traidor á su patria, para serlo en realidad al enemigo.

La muerte de Juliano y la entronizacion de un guerrero adorador de JESUS llenó de espe-

ranza la cristandad entera. Antioquía, ciudad que fué especial blanco de los vejámenes del difunto Emperador, expresó el regocijo que le causara la noticia del desastre de Frigia con transporte de entusiasmo. Casi toda la población apareció por la noche brillantemente iluminada. Los cristianos, saltando por sobre las prescripciones de la Iglesia, invadieron los circos profanos, y allí, en medio de los espectáculos, gritaron: «¡Victoria á JESUCRISTO!» San Jerónimo cuenta que era aún muy niño cuando presencié aquel alborozo de Antioquía, y recuerda la profunda impresion que le causó ver los templos de los ídolos repentinamente desolados. Oyó á un pagano dirigirse con acento melancólico esta pregunta: «¿Cómo se atreven á decir que el Dios de los cristianos es paciente, si sabe tomarse tan rápida venganza?»

En las iglesias cristianas los fieles cantaban: «Dios ha salido de Themen; el Santo ha venido desde las cimas del Fharad... La muerte irá ante su faz; el ardiente huracan del desierto le precederá...»

Aquella alegría tan natural en el pecho de los oprimidos que se veían libertados sirvió de pretexto á los gentiles para atribuir la muerte del temerario Emperador á manejos secretos de los cristianos. Acusábanles de haber preparado en el secreto y en las tinieblas su aleve asesinato. ¡Arbitrarias acusaciones que consiguieron escaso éxito!

Los funerales de Juliano tuvieron lugar en Tarsis por orden de su sucesor. El rito pagano fué escrupulosamente observado. Segun costumbre, algunos comediantes evocaron las principales escenas de la vida del difunto. Para adular al pueblo se esmeraron en ridiculizar su misticismo en pro de los ídolos. Picantes sátiras fueron emitidas ante la muchedumbre sobre las ridículas costumbres del apóstata. Su misma apostasía fué el tema de frases humorísticas que excitaron la hilaridad en vez del llanto.

Por fin, Juliano fué depositado en un sepulcro más modesto que su trono, tomando posesion de aquel ataúd que estaba construyendo *el hijo del carpintero*, segun la profética expresion del sacerdote preguntado algunas semanas ántes por Libanius.

Para inscripcion sepulcral del gran perseguidor de la cristiandad, algunos años más tarde, el excelente poeta Prudencio escribió estos versos impresos sobre su tumba:

...*Ductor fortissimus armis;*
Conditor et legum celeberrimus; ore manuque
Consultor patriæ, sed non consultor habendæ
Religionis amans tercentum millia divum;
Perfidus ille deo, sed non et perfidus urbi.

La memoria del difunto inspiró dos importantes oraciones fúnebres. La una, redactada por Libanius, era la apoteosis del genio elevado á la divinidad. Libanius representó al partido del paganismo.

Su adulacion llegó al extremo de pintar al mísero derrotado como á vencedor de los persas. La lisonja no podía ir más allá en el camino de la exageracion.

Gregorio Nacianceno fué la voz de la cristiandad. Leamos alguna de las páginas escritas en aquellos momentos de ardiente entusiasmo:

«...Para que mi grito, decía, se eleve más, escuchadme, potestades y virtudes celestiales, vosotras, á quienes debemos nuestra liberacion, y por las cuales ha perecido, no ya Seon, rey de los Amorreos, y Og, rey de Bazan, pequeños príncipes opresores de pequeños pueblos, sino aquel dragon, aquel apóstata, el Asirio de los grandes pensamientos de que habla la Escritura, el enemigo comun de todos los hombres, el que derramó sobre la tierra sus amenazas y sus terrores, y que ha dicho y meditado la iniquidad en los lugares encumbrados... Mi discurso convoca en este coro espiritual á todos los que poco há velaban en ayunos, lágrimas y plegarias, suplicando noche y día el alivio de sus males, guardando como remedio de sus penas la esperanza que no se confunde; y tambien á aquellos que, soportando grandes trabajos, heridos por muchos golpes, afligidos por las calamidades del siglo, se dieron en

espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres, segun dice el Apóstol; rendido el cuerpo, pero invencible el alma, y pudiéndolo todo en JESUS que les fortifica; á todos los que renunciando á las magnificencias mundanas del vicio, sufriendo alegres la privacion de sus bienes, de su patria, de sus esposos, de sus esposas, de sus padres, de sus hijos, y ofreciendo á JESUCRISTO los males que por él aceptaban, pueden ahora repetir y cantar: «Oh Dios, Vos «constituisteis señores sobre nuestras cabezas; hemos atravesado el agua y el fuego, y nos «habéis llevado á un lugar de refrigerio.»

Convocaba al gran concierto á los cristianos de todos matices para celebrar la victoria de la justicia, del derecho y de la santidad. Y dirigiéndose á la víctima de sus propias pasiones: «Oh tú, decía, el más sencillo, á la vez que el más impío de los mortales, que nada comprendes de lo que es verdaderamente grande. Hé ahí que estás solo ante la inmensa heredad de Dios, ante esta cosecha del género humano que cubre el mundo, ante esta predicacion que por su locura (como vos decís) ha vencido los sabios, aplastado los demonios, subyugado el siglo; locura siempre antigua y siempre nueva, que no há mucho hablaba á un número reducido, y ahora se dirige á la muchedumbre, que ántes ofrecía la imágen, y ahora que se han cumplido los tiempos anuncia la perfeccion de los misterios divinos. ¡Hé ahí que estás solo en faz del reino de CRISTO! ¿Y quién eres tú? ¿De dónde vienes?... ¡Tú solo, ante este reino que no tendrá fin, que se extiende por todas partes, que siempre se eleva! Porque yo creo en las cosas predichas y en las que á nuestra vista se realizan...»

«¡Tú vas, pues, á oponer al sacrificio de CRISTO tus propias manchas; vas á declarar la guerra á Aquél que es la misma paz! ¡Levantarás tu mano contra la mano que fué de clavos traspasada por tí y por todos!... ¿Y no temes á tantas víctimas sacrificadas en nombre de CRISTO? ¿No temes á los grandes combatientes Juan, y Pedro, y Pablo, y Santiago, y Estéban, y Lúcas, y Andres, y Tecla, y á tantos otros que ántes y despues de éstos lo han arrojado todo por la verdad; que han combatido contra el fuego y el hierro, y las feroces bestias, los tiranos, los males presentes y futuros, como si sus cuerpos no les pertenecieren, ó mejor, como si no tuviesen cuerpo?»

Gregorio hacía resaltar la osadía de Juliano al emprender la paganizacion del imperio contra la vitalidad y la organizacion de la Iglesia. El final de su discurso merece ser leído, porque es una prueba fehaciente del espíritu de sacrificio y unidad que animaba á aquellos cristianos. «No usemos con insolencia de los tiempos prósperos. No tratemos con dureza á los que nos han injuriado. No hagamos las cosas que hemos reprendido en nuestros adversarios. Alegrémonos de haber escapado al peligro; detestemos todo lo que signifique represalias. Los hombres moderados deben considerar toda la extension de la pena que sufren los perseguidores de ayer, viéndose reducidos á la zozobra y al temor, sufriendo en su conciencia los tormentos de que son dignos. Y el temor de una pena merecida es ya un tormento anticipado. El malvado es su propio verdugo. No empleemos la cólera segun la ofensa, ni busquemos castigos proporcionados á los atropellos. Y ya que nos es imposible castigarlo todo, perdonémoslo todo; mostrándonos en esto mejores y más grandes que los que nos han ofendido. Hagámosle comprender lo que á ellos enseñaron los demonios y lo que nosotros aprendimos de JESUCRISTO, el cual no ha obtenido ménos gloria por los sufrimientos que arrostró, que del uso que no quiso hacer de su poder... No meditemos destierros y proscripciones; no conduzcamos á nadie ante el juez; que no silbe el látigo en nuestras manos; en una palabra, no hagamos nada á los demas de cuanto nosotros hemos sufrido.»

Esta página, digna de ser escrita en caracteres de oro, da brillante testimonio de la inmensa caridad que ardía en el corazon de la Iglesia, cuyos miembros estaban destinados á todos los horrores de la tortura y del martirio. Este perdon de las injurias era un fenómeno desconocido ántes del Evangelio. El eco de estas palabras tan elevadas, tan generosas, tan apostólicas, resonó como celestial armonía en las almas de muchos que oscilaban entre el error y la verdad. La palabra de los santos es el imán que atrae á los predestinados. ¡Cómo

no acogerse bajo el manto de una religion que imponía respeto y olvido en la hora de la reivindicacion de sus derechos! ¡De una religion que no reclamaba de sus enemigos tolerancia para sí, sino que reclamaba de sus protectores tolerancia para sus enemigos!

Al mismo tiempo que usaba Gregorio este lenguaje, Libanius dirigía terribles acusaciones ¡increíble parece! nada ménos que á todos los dioses del Olimpo.

«¿A cuál de los dioses, decía, debo yo dirigirme, ó mejor, á cuál no tengo derecho de acusar hoy? Todos han descuidado la proteccion que debían á una cabeza tan preciosa. No han tenido presente los dioses tantas victorias, tantos sacrificios, tantos perfumes quemados sobre sus altares, tanta sangre noche y día derramada. Y no obstante, es superfluo decir que Juliano honraba á todos, de ninguno de ellos se olvidaba. Adoraba igualmente á todos los dioses y diosas, dioses padres, dioses engendrados, dioses soberanos, dioses inferiores, á todas las divinidades reveladas por los poetas. Yo me decía á menudo: A este caudillo nada le falta. Sus caballos están dispuestos, sus arqueros son hábiles, su ejército bravo como los diez mil de la Grecia. Y sobre todo esto cuenta á su alrededor á todos los dioses, reducido ejército que vale y puede mucho. De éstos obtendrá visible proteccion contra sus enemigos. Y esperaba que los huracanes, los rayos y los elementos tempestuosos de los cielos se desatarían contra los persas. Mas hé ahí la justicia de los dioses. Brillantes promesas hicieron á su adicto. Antes de la necesidad nada le negaron; en el acto de ella nada cumplieron. Atrajéronle á la red para morir, como el pescador atrae á la red sus peces. Diráse, pues, de hoy más: Tenía razon aquel de quien tanto se burlaron, Constantino, que os declaró, oh dioses, encarnizada y violenta guerra, que apagó vuestro sacro fuego, que hizo cesar el encanto de vuestros sacrificios, que pisoteó vuestros altares, destruyó vuestros templos, dejó profanar vuestros santuarios, y que, aboliendo vuestro antiguo culto, ha librado vuestra heredad á un hombre muerto á quien nadie conocía.

«...¿Qué demonio fabricó el hierro que tan preciosa vida extinguió? ¡Ah! ¡No es un demonio quien le ha perdido, sino el exceso de su ardor para correr á todas partes á fin de despertar de su pereza á su ejército! Él se olvidó de su cuerpo; pero Vénus ó Minerva ¿cómo no pensaron en curar su herida como otra vez tuvieron á bien socorrer, el uno á Menelas, y el otro á Páris, hombre criminal justamente inmolido? ¿Hubo por ventura un tumulto en el cielo? ¿Quién se levantó allí para acusar á Marte, como anteriormente se levantó Neptuno?...»

Por la muestra del discurso que acaba de leerse fácil es concluir que Libanius, no sólo escribió la oracion fúnebre de Juliano, sino la del paganismo entero. Los dioses fueron acusados de criminales por el retórico más adicto á sus altares. Es cuanto podía desear la cristiandad.

XXVI.

Actitud religiosa de Joviano.

La entronizacion de Joviano llevaba consigo un cambio radical de política. Antes de ceñirse la corona confesó paladinamente la santa comunión á que pertenecía.

Una cuestion espinosa surgió. ¿Qué actitud era conveniente tomar respecto á los paganos posesionados de todos los puestos oficiales? Despedirlos á todos era crearse una nube formidable de enemigos declarados; dejarlos en paz quizá era faltar á los intereses de su Iglesia. Necesitaba consejeros que estuviesen á la altura de la situacion. Pero ¿dónde encontrar estos consejeros? Porque las divisiones de la Iglesia no estaban borradas completamente. Persistían la secta de los arianos extremos, acaudillados por Aecio y Eunomio, y la secta de los semi-arianos que, si bien había perdido algunos de sus adictos pasados á la ortodoxia, no obstante contaba aún suficiente número de obispos para sostener su cismática bandera.

Estas tres agrupaciones, la de los verdaderos creyentes, la de los arianos exagerados y la de los semiarianos trataron de posesionarse del espíritu del nuevo Emperador.

Cándido y Ariano se le presentaron en Edessa para inclinarle hacia el eunomianismo, arianismo extremo; Basilio de Ancyra y Silvano de Tarsis le intimaron en Antioquía protegiendo al semiarianismo ó partido moderado del cisma.

Joviano, deseoso de proceder de buena fe y con acierto, se encontró en un verdadero embarazo. Pensó en consultar al obispo de su ciudad; mas, para colmo de desgracia, Antioquía tenía tres obispos: Euzoïus, ariano extremo, instituido por Constancio; Melecio, en su juventud semiariano, y despues venido á la ortodoxia, y Paulino, representante de los cristianos que se separaron de Atanasio, á quien acusaban de condescendencia.

Falto hasta de seguridad en la eleccion de uno de estos tres obispos, que todos se llamaban cristianos, Joviano tuvo la feliz idea de llamar á Atanasio, la gran figura de aquellos días, cuya autoridad sombreaba desde eminente altura á todas las eminencias.

Atanasio se encontraba de nuevo al frente de sus estimados alejandrinos. Sin esperar ningun edicto imperial, al conocer la muerte del gran perseguidor, se presentó á los suyos, y los suyos le recibieron con entusiasmo. Joviano le envió el edicto de llamamiento del destierro para legalizar su situacion, y luégo una carta en la que, segun dice Gregorio Nacianceno, «le conjuraba le enseñara la verdad sobre la fe desmembrada, lacerada, dividida en mil opiniones, á fin de atraer á ella á todo el mundo, si fuese posible, y sino, á lo ménos, de poder él adherirse á la mejor doctrina y de apoyarla...»

Conocía por experiencia Atanasio con cuánta facilidad cambiaban los soberanos de designio, y por esto no se apresuró á volar á Antioquía. Convocó, para asesorarse de lo que era más conveniente hacer, á los obispos de su provincia, y con ellos redactó una memoria luminosa sobre los puntos dogmáticos cuestionados. Dejó á un lado cuanto podía parecer ingerencia política. La doctrina de Nicea era el fondo y la forma de aquel documento. «A ella, decía, han sido fieles las cristiandades de España, Bretaña, Galia, toda la Italia, Dalmacia, Dacia, Mesia, Macedonia, toda la Grecia, todo el África, Cerdeña, Chipre, Creta, Pamphilia, Siria, Isauria, Egipto, Libia, el Ponto, Capadocia... Nós, continuaba, sabemos lo que creen todas estas naciones, por haberlo oído personalmente de sus hijos ó por haber recibido sus escritos; y un reducido número de hombres que contradigan su fe no pueden prevalecer contra la tierra entera.»

El escrito de Atanasio produjo en Joviano una impresion favorable. Vió confirmadas en él las eminentes cualidades de que le consideraba revestido. Y calculando cuánto podía favorecerle su presencia en palacio, llamóle con insistencia.

Los hombres más fervorosos de la cristiandad le rogaron no se negara á constituirse el apoyo del Príncipe, que bajo tan virtuosos auspicios se elevaba.

Joviano proclamó la libertad absoluta de religion. Paganos, arianos, todas las sectas fueron reconocidas y autorizadas para ejercer el culto y la enseñanza. Sin embargo, la Iglesia verdadera recibió pruebas eficaces de la proteccion imperial. Cuanto le había quitado Juliano se lo restituyó su sucesor. La racion de trigo asignada por Constantino á cada Iglesia para el mantenimiento del culto y clero, y abolida por Juliano, fué de nuevo asignada por Joviano. Las iglesias usurpadas fueron sucesivamente restituidas.

Estos testimonios de tolerancia bastaron para determinar un movimiento de retorno de muchos disidentes al centro de la unidad.

Los paganos no se atrevieron ni siquiera á protestar contra la nueva direccion de los negocios. Sus dioses habían dejado en mal lugar á su último adicto. La solidez de la doctrina cristiana imposibilitaba la creencia en aquellas combinaciones celestiales, parto del genio de la poesia. El Evangelio disipó las supersticiones como el sol disipa las sombras. La noche del gentilismo terminó para siempre.

Pero los sectarios no renunciaron á influir en el gobierno de los pueblos. Los cismáticos

intentaron lo que ahora se llama hacer atmósfera contra Atanasio; y no encontrándose fuertes para medirse con el héroe de Nicea en los consejos del Emperador, organizaron manifestaciones y protestas callejeras, ficción de un descontento popular que no existía sino en la imaginación de algunas docenas de atolondrados.

Un día, en el momento de entrar Joviano en Antioquía, un grupo de turbulentos sectarios le detuvieron exclamando: «Emperador, en nombre de vuestra piedad y de vuestra dignidad regia, escúchanos.»

—¿Y quiénes sois vosotros? les dijo Joviano.

—Cristianos, señor.

—¿De qué país?

—De Alejandría.

—¿Qué es lo que pretendéis?

—Señor, que nos déis un obispo.

—¿No os devolví Atanasio, que por tanto tiempo habíais perdido?

—Sí, Emperador, pero Atanasio fué considerado merecedor de destierro por Constantino y Constancio, queridos del cielo, y por el prudentísimo Juliano.

—¡Ah! si hace treinta años que se le acusa, ¿no véis que es una acusación envejecida?

Y espoleando su caballo les dejó en el mayor desaire. Como es de presumir, semejante actitud descorazonó á los emisarios arianos; pero no desistieron absolutamente de sus propósitos. Provocaron una conferencia ante el Emperador, que tuvo lugar con intervención de diputados de la comunión católica y del partido del cisma. El resultado fué favorable á los intereses de la Iglesia.

Enaltecía á Joviano cierta simplicidad de espíritu, una hombría de bien, que predisponía á su favor á cuantos le juzgaban desapasionadamente. Es uno de los poderosos de la tierra que más de buena fe han buscado la verdad para abrazarla y protegerla. Si sus días se hubieran prolongado, quizá su imperio dejara un recuerdo gloriosísimo en los anales de la Iglesia. En su rápido paso por las regiones del poder manifestó más cordial protección y más sinceridad que Constantino.

Por desgracia, su existencia en el imperio se extinguió repentinamente.

Al dirigirse á Constantinopla para tomar posesión de su trono, recibió de la nueva ciudad de los césares una diputación de distinguidos ciudadanos, con la agradable tarea de expresarle los votos de sus conciudadanos por su felicidad. Themistius fué el encargado del panegírico de ordenanza, pronunciando un discurso, en el que se destacaron conceptos, como los que vamos á traducir, porque trazan los rasgos característicos de la fisonomía de aquel soberano.

«La primera prueba de vuestra solicitud para el bien de los hombres es la ley que habéis hecho sobre las cosas religiosas. Y este es el punto de mi discurso á que anhelaba llegar. Solamente vos habéis comprendido que un soberano no puede imponerlo todo á sus súbditos; y que hay algo que no está sujeto á la coacción, y que permanece por sobre de toda violencia y mandato. Hablo de lo referente á ciertas virtudes, y principalmente de la piedad para con la divinidad. Habéis pensado que en lo relativo á estos trascendentales asuntos era preciso dejar á toda alma libre, soberana, dueña de seguir sus propios impulsos. ¡Prudente pensamiento! Como quiera que si no os es posible á vos mismo, Emperador, imponer sentimientos favorables á vuestra persona á los que á ellos no están dispuestos; ¡cuánto menos podríais hacer á los hombres piadosos y amigos de los dioses por medio de decretos humanos, que se reducen á imponer necesidad breve y á inspirar terror débil, que el tiempo disipa con la misma facilidad que los lleva! Resultado de esta ridícula empresa hemos venido á ser adoradores, no de un Dios, sino de la púrpura imperial; y en lo tocante al culto somos más variables que la corriente del Eriipo. En otro tiempo Therameno mereció por sus cambios ser apellidado *Coturno*. Hoy todos merecemos este apodo. Vése pasar los mismos rostros é incli-

narse ante todos los altares todas las víctimas, todas las imágenes, todas las mesas santas. Vos no queréis esto...»

Este discurso, que concluyó con la expresión de principios *latitudinarios* sobre la soberanía individual respecto á las creencias religiosas, era el eco del programa imperial.

La divina Providencia no permitió á Joviano ni siquiera sentarse en el trono que le habían designado las legiones en la hora del desastre de la patria. En la noche precedente al día de su entrada en Constantinopla, Joviano espiró asfixiado por el vapor producido por el fuego y la humedad de su estancia. A la mañana siguiente los cortesanos encontraron cadáver al soberano que iban á acompañar rodeado de gloria, para emprender decididamente desde su silla propia el gobierno del mundo.

Fué preciso entronizar un nuevo Augusto.

XXVII.

Valentiniano.—Su religiosidad.—Su programa político-religioso.—Intervencion en las cosas eclesiásticas.—Su disension con san Hilario.—Cisma pontifical.

Casi palpitantes aún los restos de Joviano, fué preciso ocuparse de darle sucesor conveniente. Despues de varios proyectos que no es necesario aquí reseñar, á propuesta del patricio Dacino fué elegido el tribuno Valentiniano. Era éste originario de Pannonia, había servido á las órdenes de Juliano en las Galias, y contaba numerosos y adictos amigos en el ejército; era cristiano ferviente, lo que le valió la desgracia del apóstata. Ejército y pueblo recibieron al elegido con ovacion cordial. A las pocas semanas de imperio, asocióse en el gobierno á su hermano Valente, á quien confió el mando directo del Oriente, reservándose para sí el del Occidente, más expuesto á complicaciones y tumultos.

Valentiniano encontró la sociedad presa de pasiones originadas unas de la efervescencia de las sectas religiosas y otras de la descomposicion de las decaídas instituciones políticas.

Pero dotado de resolucion de ánimo, fuerza de carácter, criterio maduro y profundo conocimiento de las necesidades de aquella situacion, emprendió decidido la reforma y moralizacion de la administracion pública.

La cuestión capital que estuvo llamado á resolver inmediatamente fué la religiosa. En este punto, que es el de nuestra especial incumbencia, aceptó el programa de Joviano, cuya síntesis es: libertad en el ejercicio de todos los cultos; proteccion moral á la Iglesia.

Dotado de exquisito tacto, Valentiniano se propuso curar las heridas recibidas por la Iglesia de mano del apóstata, de manera que ni siquiera pudiese atribuirse á la Iglesia favorecida la responsabilidad de las medidas á su favor adoptadas.

Así es que hizo restituir al Estado los bienes tomados á las iglesias cristianas por Juliano; para que arrostrara el Estado los inconvenientes de esta medida, al mismo tiempo que otorgaba á la Iglesia compensaciones equivalentes á los anteriores perjuicios por ella sufridos, Juliano había cerrado las puertas de la enseñanza oficial á los cristianos Valentiniano se las abría de nuevo, pero en nombre del derecho que tiene todo hombre sabio de difundir sus conocimientos entre sus hermanos.

Una grande idea tomó Valentiniano por norma de su conducta, y fué trazar un círculo divisorio de las funciones eclesiásticas con respecto á las políticas. Constantino había amalgamado inconvenientemente el Estado y la Iglesia. Siguiendo las costumbres paganas, la autoridad imperial tomaba parte directa hasta en los más profundos y delicados actos del sacerdocio. Valentiniano se propuso proteger la verdadera independendencia de la Iglesia dentro del Estado.

Tales eran sus principios. Por desgracia no le fué dado plantearlos. Los arianos habían de tal manera identificado la fe con la política, que la apelacion al Emperador era su recurso definitivo. De ahí que, apénas llegado á Milan, fué asediado para conocer de un conflicto surgido entre el obispo de aquella capital y el hombre más eminente de la cristiandad gala. Auxencio é Hilario se encontraron frente á frente, en empeñado debate. Sospechosa era la fe del primero, porque desde el entusiasmo por el arianismo pasó fríamente á la aceptacion de los dogmas nicenos. Hilario se oponía á que la cristiandad de Milan durmiera tranquila á la sombra de un báculo acostumbrado á guiar la grey por los senderos de la herejía.

Concibieron los amigos de Hilario el proyecto de reunirse en Milan para determinar la severa actitud que era conveniente tomar con respecto á Auxencio. Los cortesanos de Valentiniano le expusieron las grandes dificultades que presentaban las asambleas religiosas celebradas con independencia del obispo. Pintaron con vivos colores la irregularidad de aquellas oposiciones dirigidas por un prelado extranjero contra el pastor propio.

Valentiniano rompió la línea de neutralidad que se había propuesto observar con relacion á las diversas agrupaciones cristianas, y por edicto imperial prohibió el que los cristianos celebraran reuniones fuera de las iglesias sujetas á la jurisdiccion de sus respectivos obispos.

No tardaron los adictos á Hilario á demostrar á Valentiniano las dificultades que surgirían de la observacion de su edicto prohibitivo. En consecuencia dispuso que las quejas de Hilario fueran examinadas y discutidas por una comision de diez obispos, intervenida por un cuestor civil. Con que la política de Valentiniano quedó desvirtuada.

Euxencio hizo concesiones importantes ante la comision episcopal; reconoció sus errores pasados y se manifestó decidido á seguir en adelante una línea abiertamente ortodoxa. Mas como luégo contradijera estas declaraciones con una conducta ambigua, Hilario representó de nuevo al Emperador el verdadero estado de la situacion. Entónces el Emperador decidió la partida de Hilario.

Obedeció éste sumiso; pero al llegar á su diócesis escribió las impresiones que en su lacerada alma había causado la conducta de Valentiniano. Una solemne protesta formuló que los siglos venideros han conservado como un modelo de fortaleza pastoral.

«Dolámonos, dijo, de las desgracias de nuestra época, y de la opinion hoy corriente, de que los hombres pueden proteger á Dios, y que es por la ambicion del siglo, en vista de los intereses mundanos, que es preciso trabajar en pro de la Iglesia de Dios. Yo os suplico, obispos, ó vosotros que creéis serlo, me digáis, ¿de qué auxiliares se valieron los Apóstoles para predicar el Evangelio? ¿qué poder les ayudó cuando anunciaron á Cristo y cuando arrastraron á casi todas las naciones del culto de los ídolos al del verdadero Dios? ¿Poseían alguna dignidad en palacio cuando elevaban himnos á Dios desde el fondo de los calabozos y de en medio de las cadenas? ¿Fué por un edicto imperial que Pablo convocó la Iglesia de Jesus, cuando él mismo era dado en espectáculo? ¿Fueron aparentemente protectores nuestros Neron, Vespasiano, Decio? Y sin embargo las llaves del reino de los cielos ¿no estaban en poder de los hombres que se alimentaban del trabajo de sus manos, que se reunían á la sombra de la oscuridad social, que recorrían las campiñas, las ciudades y las naciones afrontando los senatus-consultos y los edictos imperiales? Mas ahora ¡oh dolor! las protecciones terrenales son las que recomiendan la fe divina; y en el mismo hecho de buscarse para JESUCRISTO el favor de los grandes, se le declara destituido de su propia virtud. Hácese temer por los destierros y los calabozos aquella Iglesia que se hizo creer desterrada y prisionera (1). Consagrada en otro tiempo por el terror de los perseguidores, hállase hoy absorbida por el afan de ver elevados sus hijos á pingües dignidades. Destierra á los sacerdotes, ella, que debió su propagacion á sacerdotes desterrados; gloriase de ser querida del mundo, ella, que no puede pertenecer á JESUCRISTO si el mundo no la odia.»

Estos lamentos eran motivados por la nueva intervencion del poder secular en los nego-

(1) *Terret exiliis et carceribus Ecclesia, que exiliis et carceribus est credita.*

HISTORIA DE ESPAÑA, LIBRO I

En el año de 1492, descubrió Cristóbal Colón el continente americano, descubrimiento que abrió a España un vasto campo de conquistas y de riquezas.

El descubrimiento de América, que se efectuó en el año de 1492, abrió a España un vasto campo de conquistas y de riquezas. Este descubrimiento, que se efectuó en el año de 1492, abrió a España un vasto campo de conquistas y de riquezas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

La historia general de Francia, desde su origen hasta el presente, muestra un pueblo que ha sabido superar todas las dificultades y triunfar en su camino hacia la civilización y el progreso.

LA VIGILIA POR ESPAÑA

La vigilia por España, que se celebra en honor de la Virgen María, es una tradición que ha perdurado a lo largo de los siglos. Esta tradición, que se celebra en honor de la Virgen María, es una tradición que ha perdurado a lo largo de los siglos.

EL RENOVAMIENTO DE LA NACIÓN

El renovamiento de la nación, que se refiere a la regeneración moral y política del pueblo, es un proceso que requiere la participación activa de todos los ciudadanos.

MISERABLES RELIGION: LAS INSIGNIAS CATÓLICAS

Las insignias católicas, que representan la fe y la esperanza, son símbolos que han inspirado a millones de personas a lo largo de la historia.

GALEERÍA CATÓLICA

La galeería católica, que es un espacio dedicado a la reflexión y al estudio de la doctrina católica, es un lugar que ha sido fundamental para la formación de la conciencia colectiva.

YOUNG PROTESTANTS

Los jóvenes protestantes, que buscan la verdad y la justicia, están desempeñando un papel cada vez más importante en la sociedad actual. Estos jóvenes, que buscan la verdad y la justicia, están desempeñando un papel cada vez más importante en la sociedad actual.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 95 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Guallieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrosa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.